

Carta de Fuentehundida

Por Baltasar Lotroyo

Queridos Maricarmen y Pepe –

Tal vez os sorprenda recibir esta nota mía en castellano, después de que yo hiciera tanto escándalo en la clínica para ver a Pepe porque era el único que hablaba francés. Pero la verdad es que siempre me ha costado bastante menos escribirlo que hablarlo (por las malditas erres, que nunca me salen bien). Y ahora quiero dirigirme también a ti, Maricarmen. Porque no es una sesión psiquiátrica lo que necesito ahora, sino una conversación entre amigos.

Tenéis razón: este pueblecito es un magnífico lugar para descansar después de toda la agitación de Madrid. ¡Qué suerte que lo descubristeis! Debe ser uno de los muy pocos lugares en la costa que todavía lleva una vida más o menos normal, de pueblo de verdad, con pescadores y agricultores y un mercadillo semanal y gente que vive aquí todo el año. Aunque aquí ya se asoman las grúas, vanguardia del hormigón y todo lo que viene después.

Es verdad lo que me advertiste, Maricarmen, que aquí tengo un exceso de pretendientes, creo que nada más por ser rubia y por el acento que a los muchachos les suena a la otra Europa de euros fáciles. Bueno, en verdad son sólo dos tíos que son muy insistentes, sin contar el viejito de sonrisa pícara y desdentada que todas las mañanas cuando corro por el Paseo Marítimo me grita “¡Hola, guapa!” y hace como si fuera a correr con bastón y todo. Al principio toda esa atención era divertida, pero ya después de una semana eso cansa y preferiría que los tíos me dejaran en paz (deben tener una apuesta, a una mujer sola la toman como un desafío deportivo). Por eso me gusta estar a esta hora aquí en esta tabernilla—“El Salmonete”, frente a la playa--, cuando no hay nadie salvo el camarero que es demasiado tímido para echar piropos, y un señor mayor – creo que es el dueño – que no levanta la vista de los periódicos en su mesa. Son como las 12 y el barquito está casi vacío, y nadie salvo los turistas vendrá para comer hasta las 2 –y todavía hay pocos turistas en Fuentehundida, hasta junio.

En la bahía veo un “barquico” (como dicen aquí) que pasea lentamente, como empujado suavemente por las olas. Parece cosa de juguete, especialmente con esas dos grandes orejas redondas como el Ratón Mickey en la proa. En la popa un hombre mueve los brazos como sacando algo del agua. Y ahora veo otro barquico un poco más lejos, y otro más. Son tres, todos pequeñitos y con esas orejas, toda una familia de ratones Mickey que han salido a nadar, cada uno con un hombrecito a cuestas. Le pregunté al señor que estaba leyendo los periódicos qué pescaban y después de escudriñar el mar como mirando por catalejo, me dijo, “nada más pesca deportiva, pescados pequeños”. Por la voz ronca y cortante entendí que esos no son de los que merecen su mayor respeto, los que salen mar adentro en barcas más serias (¿también tendrán orejas de Mickey?) para faenar en busca de pescados grandes.

No fue nada fácil conseguir permiso de Paradise Properties en esta temporada, como podéis imaginar. Tuve que decir una mentirijilla, que unos clientes belgas insistían

que yo personalmente inspeccionara el apartamento que pensaban comprar en Huercalote, que está justamente al lado. Claro, esos clientes no existen—les puse los nombres de unos amigos míos de la Université en Liège. Y tan pronto llegué le mandé un email a mi jefe, diciéndole que iba a aprovechar para tomar algunos de los muchísimos días de vacaciones que Paradise Properties me debe, y que no se molestara en apurar para contestarme porque no iba a poder acceder al email por varios días porque la biblioteca estará cerrada por el puente. Otra mentirilla, porque en caso de necesidad, yo podría ir a Huercalote donde hay lugares que siempre están abiertos. Pero no me da la gana. Y ahora, sentada frente a un mar tan tranquilo, escribiendo una carta a la antigua (salvo que con portátil), quiero, por fin, hablar de lo que Pepe llamó (acertadamente) “el tsunami de mi vida”.

Supongo, Maricarmen, que no te habrá contado nada de esto, o muy poco. Para el Doctor José Enrique Ramírez, PhD, MD, SPQR y demás siglas que no recuerdo, el consultorio es sagrado como el confesionario. Pero creo que tú puedas entender mejor, o de otra manera, que tu marido, por ser mujer y también por otra cosa. A veces, Pepe —perdóname, doctorcito, que no haya tenido el valor de decírtelo en cara -- con todos tus importantísimos encuentros internacionales y tu aire profesional, te noto un poco de, no diría frialdad exactamente sino lo que se podría llamar escepticismo artificial. Como si quisieras evitar a toda costa reproducir la imagen que supones que tienen tus colegas europeos del español— un ser apasionado, supersticioso e irracional. O sea, como vosotros los españoles describen al gitano. Pero a veces hace falta el duende irracional para entender algunas cosas. Como esto que os voy a contar.

Como sabéis, en diciembre fui a casa de mis padres en Bruselas para pasar las fiestas y ver a los viejos amigos. Duró poco esa fiesta. Llegué el 23. En Nochebuena acabábamos una cena *en petite famille*, insufrible, mis dos hermanas y sus novios, y por supuesto *Père et Maman*. Étienne, el muy golfo novio de Karin—un muchacho flaco que estudia leyes—repitió un comentario que había leído en algún periódico francés de que la Constitución Europea era sólo una patraña para enriquecerse más las multinacionales. Cuando mi papá lo miró, todas nosotras que lo conocemos nos pusimos tiesas, y Maman intervino con “¿Quién quiere más café? Y toma otro pedazo de tarta, por favor”, pero fue inútil. Père empezó en voz muy baja, que sonaba hasta amistosa, para en seguida romper en una arenga de altibajos sinfónicos, de qué podía saber un cachorro que conocía la guerra sólo por películas y no tenía idea de la sangre que ha costado y seguiría costando la desunión, pasando en el discurso por Srbrenica y Darfur y Liberia, que no sé qué tenía que ver con la constitución europea pero que eran ejemplos catastróficos de la falta de orden y del desgobierno, hablando con tan abundancia de referencias actuales e históricas que dejó al muchacho patidifuso y a Karin color de remolacha. Duró por lo menos cinco minutos. Vi a Amélie meterle un codazo al novio de ella, que había abierto la boca y terminó pidiendo más tarta. Entonces Maman esbozó una sonrisa tensa y dijo, “Bueno, Elizabeth, cuéntanos algo alegre de tu vida en España. Debe ser muy placentero estar lejos de esta Europa vieja y fría donde todo el mundo trabaja tanto”. Era la primera vez desde que llegué que parecía interesarse en ese tema—siempre ha visto mi decisión de vivir en un país tan lejos y tan extraño como una especie de pecado, o de rechazo. Yo, un poco exasperada y acalorada por todo lo que acababa de ocurrir y por el exceso de calefacción en el

apartamento, repliqué que mi vida en Madrid no era exactamente cantar y bailar todo el tiempo y que era un gran desafío conocer un país nuevo y que allí tenía mucho, muchísimo trabajo, y Maman me miró con cara de Mater Dolorosa y Amélie hizo con la boca “Jacques Brel” -- para decir que yo estaba cantando una vieja canción sentimental que ya no le interesaba a nadie. Y entonces yo, buscando aliado, miré a Père y dije que el país me seguía fascinando tanto como cuando decidí estudiar letras hispanas, después de escucharlo a él hablar de las emocionantes aventuras que tuvo allá cuando era universitario. Pero esa noche me sorprendió. “Oui, c’est amusant, ce pays de gitanes. Mais ce n’est pas un lieu décent pour une fille seule”, palabras tan brutales y tan inesperadas que me sobresaltaron. Un país de “gitanos”, dijo, no apropiado para una muchacha sola. Me levanté de la mesa para escaparme. Esas personas ahora me parecían monstruos de otro planeta, y corrí al living y para cambiar de canal, por así decir, encendí el televisor. Y entonces vi la imagen de una inmensa ola.

¡Qué horror! El tsunami había empezado horas antes, pero yo no sabía nada hasta ese momento. Si alguien en casa había escuchado algo en la radio, no lo mencionaron. De primer intención no entendía, si era un película de ficción, pero oí gritos y el locutor repetía que no era una película de ficción, que era Tailandia, y que esto era algo que estaba pasando en ese mismo momento y que ya había arrasado pueblos en Indonesia y ahora iba hacia Sri Lanka e India.

Hacía un frío salvaje en Bruselas esa noche, bueno, en toda Europa según el periódico, hasta en Madrid de donde yo había salido el día anterior, y la calefacción en el apartamento creaba una atmósfera tan seca que picaba. En las ventanas las rachas de nieve cogían los reflejos abigarrados del televisor. Era como vivir dos realidades, una donde estaba sentada y otra, mucho más emocionante y de cierta manera más real, en un país de verano perpetuo donde la gente andaba con casi nada de ropa y los colores de las flores eran exuberantes y de repente venía una muralla imparable de agua para destruirlo todo.

No podía creer que había gente grabando, turistas con cámaras grabando a otros turistas que trataban desesperadamente de agarrarse de algo firme y estable, mientras todo un paraíso artificial desaparecía bajo la fuerza del agua.

Supongo que grité, sin oírme a mi misma, porque de repente el living se llenó de las caras de los susodichos extraterrestres. Y entonces grité más, a ver esas caras en un contexto tan inesperado, que me dieron otro susto encima del susto. Eso es lo que me dijeron luego, que estaba histérica y por eso habían llamado al médico, el mismo viejo pediatra que me había tratado cuando tenía 12 años. No recuerdo exactamente como, pero me puso un inyección.

Antes de que me hubiese dormido por completo oí a mi madre decir que me deberían internar, entonces mi padre replicó que eso era ridículo, que yo sólo estaba dramatizando y que nunca debería haberme dejado ir a un país “de tel histrionisme opératique”, o algo así. Entonces resolví no gritar más y me di cuenta que para salvar lo que me quedaba de cordura, tenía que salir de allí a toda prisa. A nado, si fuera preciso. Agarrada de una tabla desprendida por la ola de algún hotel en Tailandia.

Y el día siguiente, cuando me desperté en la misma cama que cuando estudiaba en lycée, con los afiches y peluches de esa lejana época de mi vida, sabía que era la

decisión correcta. Y el mismo día de Navidad, por la tarde, conseguí un vuelo para Barajas.

A lo mejor no era la solución más acertada, porque—y eso no lo veía claro hasta ya estar en el aire sobre Francia—mi tsunami personal, lo que me ahogaba, no era solamente esas insufribles presiones familiares que estaba dejando atrás, sino también sentía una ola gigante en España. Un ola compuesta de muchas olitas, para así decirlo. La relación con Andrés, por empezar. Tú te acordarás de él, Maricarmen, un tío guapo y serio, de barbita y arete, un informático que hablaba mucho de los Verdes. Bueno, esa relación se había ido a la mierda, no sé si por culpa mía o de él, éramos de culturas tan diferentes. Pero no era eso, no era la diferencia entre Bélgica y España, sino las muchas diferencias en las cosas y las obligaciones que definían nuestras respectivas vidas. Él, tecnoartista con ambiciones de hacer grandes producciones multimedia. Y yo, una apasionada de la literatura pero ahora sin tiempo ni energía para leer nada que no tuviera que ver con el trabajo, atada a un ordenador y un teléfono seis días por semana, pagada por vender fantasías de jardín de Edén con campo de golf a los guiris. Con especialidad, naturalmente, en los guiris de habla francesa.

Y por supuesto todo el estrés en el trabajo, en Paradise Properties. Y Andrés achacándose que yo era “parte del problema, no parte de la solución”, de la destrucción del patrimonio de todos los españoles, como le gustaba decir. Como si fuera yo quien decidía donde emplazar las moles de hormigón para hoteles y urbanizaciones, o quien ponía fuego a las reservas forestales para poder urbanizarlas (como pasó el verano pasado en Alicante, no digo que por culpa de Paradise pero fue algo que Paradise supo aprovechar para su gigantesca urbanización). Andrés despotricaba tanto en contra de los campos de golf que yo—que ni juego ni me interesa ese deporte aburrido y lento—salía en su defensa.

Bueno, me doy cuenta de que esta carta ya es demasiado larga, y no os he contado lo más importante: No vuelvo a Madrid para vivir, ni vuelvo a trabajar más en Paradise Properties ni nada por el estilo. Porque además de esos dos pretendientes tan molestos de que hablé antes, ha aparecido Jose. No José, sino Jose. ¡Y es gitano! O así dice la gente. Cuando le pregunté, me miró con una sonrisa y un guiño, así que no sé si es verdad. Pero sí tiene amigos gitanos.

Es pescador, carpintero, mecánico automotriz, albañil y peón de invernadero, según la temporada y la oferta. Y también toca guitarra, él dice que no muy bien pero a mí me gusta como toca. Ahora está en paro, porqué terminó la pequeña obra—construir una paredes de almacén dentro de un garaje—donde lo conocí hace pocos días.

¿Y cómo es? me vas a preguntar, Maricarmen. Todo lo contrario de Andrés, y de Madrid y de Bruselas y de Liège. Es, si se podría decir, mi contra-tsunami. A ver, cómo lo describo.

Guapo lo que se dice guapo no es, pero sí muy atractivo. Es casi tan alto como yo, un poco mayor—8 o 10 años quizás. Tiene una cara seria y juguetona a la vez, con ojos oscuros que se iluminan cuando le hablo y se ríen y cuando me miran me derriten. No sé cómo explicároslo, salvo que a Maricarmen no creo que haya que explicarle nada. Tiene que ser lo que tú sentiste cuando conociste a Pepe. Hay mil experiencias dibujadas en las líneas de la boca y los ojos, y el pelo un poco canoso es tan abundante y tan rizado que a una le da ganas de tocarlo para ver como se te rebota la mano. Y es

increíblemente habilidoso con las manos. Hace unas esculturas de materiales que va encontrando, chatarra, piedras, trozos de madera de palés, que son unas maravillas, como pequeñas fantasías muy sugerentes.

Ya han entrado los primeros turistas, una pareja de pelo blanco y pantalones cortos – ingleses, creo, no caminan como franceses. Los franceses siempre caminan con los ojos por delante como si supieran exactamente a donde van, aún cuando no tienen idea, mientras los ingleses caminan mirando a todos lados como en espera de cualquier cosa novedosa, aún cuando están en su propio jardín. Ahora están estudiando el menú perplejos pero con mucha sonrisa. Ya veo que son casi la 1:30, y tengo que apurarme. Jose quiere que vayamos a una playa que queda a quince minutos de aquí, así que voy a terminar esto rápido.

Esa playa tiene nombre tétrico, la Playa de los Muertos, y es donde ocurrió un naufragio hace unos meses. Jose conocía a los que murieron allí, y era especialmente amigo del único sobreviviente, un senegalés que después de la tragedia dejó el pueblo pero cuyo hermano está todavía aquí. Jose tiene la idea de hacer una escultura en esa playa, algo más grande y complicado que las que ha hecho hasta ahora, para (como él dice) apaciguar los espíritus de todos los que han muerto allí y en otras partes del mar. Y, un poco por lo que le conté de mi tsunami y un poco porque me ve como una persona conocedora del arte mundial y un poco (o mucho) sencillamente porque se ha dado cuenta que me gusta estar con él, y también porque tengo coche, me ha pedido que le ayude a escoger el sitio y los materiales. Nunca ha tenido él oportunidad para estudiar el arte de ninguna manera formal, pero ha visto cosas y tiene algunas ideas para algo que podría unir africanos y andaluces, y tiene un magnífico ojo para colores y formas.

Así que para allá voy, o mejor dicho, vamos. Lo tengo que recoger dentro de diez minutos. No sé en qué va a terminar esta aventura, pero por el momento no me importa. Tengo ahorros que durarán algunos meses, y algo seguramente voy a encontrar—aquí hay muchas inmobiliarias, no es lo que me gusta pero es una cosa que sé hacer si no puedo encontrar otra cosa o inventar alguna actividad, quizás una galería para las cosas de Jose. La verdad es que no sé, estoy un poco a la deriva, pero estoy bien, ahora finalmente flotando arriba de la ola.

¿Os acordáis de ese cuento de Ray Bradbury, donde los chicos descubren que pueden entrar en las imágenes imaginarias de las grandes pantallas de sus juegos? En el cuento lo virtual hecho real es mucho más terrible. Y te cuesta, te cuesta mucho, salir para volver a tu antigua realidad que, por todas sus imperfecciones, es – bueno, también es dura, pero es más real.

Cariños y besos,

Elizabeth